

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos.

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Volumen 2, Número 2, Agosto 1993

Franca

Adina Darvasi

pp. 106-108

Franca

Adina Darvasi

APRENDI, de bien joven, pantalones blancos se usan sin calzones; desde que vi cómo se traslucía el contorno y los elásticos, en las caderas de una muchacha apoyada en la baranda del puente sobre el Tevere, cerca de la plaza Farnese, del brazo de su novio, uso así, sólo forrado con algodón adelante.

—Franca, corrija este contrato y saque cuatro ejemplares en *laser*, rápido; Giancarlo viaja a Sud América y precisa llevar la documentación.

—¿Parte por mucho tiempo?

—Depende, si logramos establecer una planta allá.

No había mencionado el viaje, para nada, ni después de ducharse, porque siempre se ducha, después; me llevó a comer, vía Margutto, estaba en su período vegetariano, ni por insinuación delató lo del viaje o eventual separación.

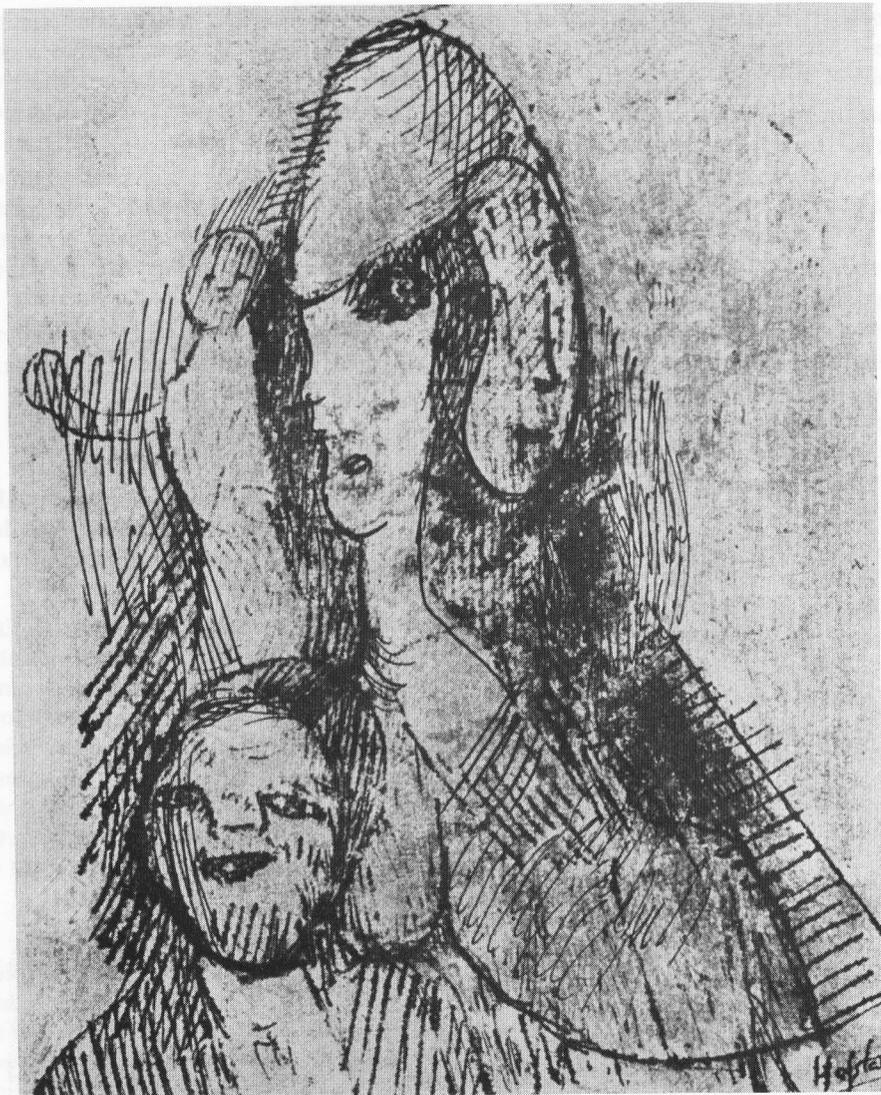
Busco al padre que no tuve, no quiero un tipo de Verona, como el de mi madre, tampoco esa vida, en la Vicenza mía y del Palladio; necesito tiempo, soñar, contemplar, colores y formas. Paso días en galerías, me echan del trabajo, por no cumplir horarios; necesito el modelo exclusivo, que me cuesta medio sueldo, no tolero las confecciones de UPIM, sólo cubren y no visten.

—Franca, vienes conmigo, saqué pasajes, tienes dos días, el despegue a las ocho veinticinco, una hora antes en Fiumicino; maleta chica, hay ropa buena allá.

¿Por qué doblo la enagua de cintura con encajes en el borde? Preparo la bolsa de mano, cosméticos, cepillos, pañuelos de seda natural, guantes del color de cartera y zapatos, Gucci. La blusa delgada, que no se arrugue, tendré que colgarla en la cabina, cambiarme antes del aterrizaje, están en pleno verano. Desdoblo, ¿será mejor la enagua entera? No, basta de cintura; ¿por qué acepto? es brusco, inesperado; ¿el futuro?, ¿para qué pensar? doblar, cuidadosamente, aunque revisan, acá por terroristas, allá, contrabandos. Desordenan, no tolero maletas, cuartos revueltos, me desasosiegan, salgo del ensueño, obligada a razonar; prefiero dejar que ocurra, sin mi intervención, partir con Giancarlo, porque él lo decidió, sin preguntarme, como siempre, la playa que escoge, el restaurante y el trago, lo tomo, aunque sea Grappa, amargo, y a mí me gusta el Campari.

Contemplo, detenida, su eficiencia; el aspecto de atleta griego, castaño, buen corte de pelo y traje, siempre adecuado a la hora y circunstancia, en color y modelo. Seguro de cada movimiento y pensamiento, desconoce las dudas, siempre tiene razón; los demás, mediocres e inferiores, a su servicio. Puedo volver, todavía, dejarlo partir, no participar en su danza de lobo solitario.

—Con tantas horas de vuelo, esta vez, será primera clase, en lugar de *business*, hay más espacio, llegaré relajado a la reunión; Franca,



es para firmar el contrato, pasaremos unos años allá. No quise casamiento en Italia, aborrezco fiestas, congratulaciones y demás hipocresías, iremos al civil, un par de testigos, comida para los dos...

Porque me quiere, a su manera y disposición, por ley, su ley, un bello adorno en casa, objeto de arte —¡qué pareja!— objeto en cama y club de campo... con la raqueta de tenis, marco de grafito, golpeo la pelota servida, fuerte, primer set ganado; cinco-tres en el segundo —“Franca, excelente, estás mejor cada día, encabezas el campeonato...”.

Los sillones y el sofá de cuero blanco, así dispongo, todo en vidrio y blanco, incrustado en nichos, el mínimo de adornos; cojines y cuadros dando el color, junto a la alfombra sobre cerámica blanca; sin cortinas, persianillas tupidas, de angostas huinchas, tamizar la luz, controlar las sombras. El espacio, interrumpido, ¿recuerdas?, por dos machones dividiendo el estar del comedor, parecían muñones truncos; ahora, todo fluye, integrado, hasta la chimenea. Me dejó, no intervino; en eso, dice, confía —“será que tienes a Palladio en los huesos...”.

Aunque no en la cama redonda, inservible, para mí; tendida, de espalda, apenas cubierta, me pregunto,

¿cómo dejo escurrir mis ardientes días?; veo troncos de árboles despojándose, junto a las blancas noches, estériles y mecánicas sin brotes ni capullos. Me desgarran la visión del vacío, inescapable.

—Encuentra un amante, quedándote— opina Cristina—; si abandonas, Giancarlo será implacable, te echará a la calle. Nunca sospecharía, no tiene tiempo de observarte, además se cree infalible, no lo concibe, ¿cómo, él, incapaz de satisfacer a su mujer?

Cristina usa todavía el peinado a lo Mary Quant, con patilla corta sobre una sien y más larga, suelta, en punta al otro lado, contrasta el pelo negro contra la mejilla blanca, de escaso maquillaje, nunca en los ojos — se irritan, sostiene. De sonrisa fácil y ese modo de tomar la vida como viene, conquista a las alumnas y a cuanto ser la rodea.

—Enseño ciencias naturales, aparte de ser subdirectora del liceo nueve, de hecho lo dirijo; me falta el nombramiento, sólo porque la señora Aurelina aún no ha muerto, y los cargos de directora son vitalicios— se presentó al conocerlos, en el traje sastre, infaltable, de lino en primavera y de paño a rayas como Gatsby, lana, para los otoños—. El puesto me impide desbocarme, ejemplo para las niñas... ¿De qué te ocupas?

No se espantó, escuchar que paso largas horas de mis días meditando, sin rumbo —“cada uno en lo suyo, encantada de acoplarme a ratos si no te molesta”. Resultó al revés, mi incursión en su vida, búsqueda de plantas, reunir datos en bibliotecas, ayudar en preparación de exposiciones.

—Ustedes los europeos, como los yanquis, no se cansan de mirarnos en menos; hasta al italiano del emporio de la esquina, llegado con los bolsillos planchados y la mente en blanco, le parecemos monos colgados de los árboles. Cuando el hijo Enzo decidió casarse con una “nativa”, que no sabe preparar antipasto y recuece las pastas, el revuelo casi alcanza el Vaticano...

La carretera costera, paso los ciento veinte; arriba, sobre mi roca, contemplando el abismo, las olas pulverizadas contra el macizo de piedra, alcanzan la cara; amo su fuerza, el estruendo del golpe y vuelta a renovarse. Horas contemplando, en un diálogo mudo de ricos matices, denuevos infinitos.

Enzo, siento estar siempre en tu enfoque, nunca a los ojos, al escote, bajando, deteniéndote, en el monte de Venus, revelado por la mini

ajustada. Me incomoda, voy a beber algo, vuelvo con un plato de entremeses, te evito; aunque todos son casados, pero tú con Cristina y es mi amiga, la mejor y verdadera. No conoce Italia, sin embargo, intuye códigos ajenos; cariño sin reveses, apoyo en penas insolubles, por presencia y alegría de vivir.

Ella, espontánea e inocente, aún cuando se equivoca, porque no sabe ni se imagina que nada es como parece, transformado por brumas opacantes. Se trizaría de pensarlo, no yo, otras, muchas otras, al no conocerla, pueden.

—Hoy, no te acompañaré a la piscina, un resfrío pasajero, curioso, con fiebre alta...

—Ha palidecido, señora, ¿ocurre algo? —el Dr. Vega, con habitual parsimonia—, ¿conoce a la enferma?

De casualidad, en consulta habitual, sobre su escritorio, un sobre con el nombre de Cristina —“triste caso de incurabilidad...” delatando, sin querer, la tragedia.

Apretando y soltando los puños, Enzo, junto a los demás, seguimos el féretro, entre hileras de tumbas, cuyas piedras varían en tamaño, formas y ornamentos; negras, de basalto, granitos rosados, ocres... letras, nombres, más nombres grabados, sin destino por cumplir; están en lo irrevocable y único definitivo. Sobre la tierra húmeda, coloco una rosa, sola y abierta, porque así le gustaba, puesto en florero de cristal de roca.

—¡Te necesito!

Me siento a su lado, conduce rápido, queda en la callejuela poco alumbrada; pasado la segunda esquina, se abre el portón del estacionamiento, un individuo en librea y quepí cubre la patente con cartón rectangular... nos conduce al acceso, subiendo las escaleras, hacia el cuarto de la izquierda, al fondo.

Prefiere la plata en su abultado bolsillo que en el ajeno, toma lo más barato que ofrece el chino, sin espejos ni tapices, con ropero —¿para qué?— y cama blanda, imagino el hotel de la Bovy, desprovisto de ilusiones.

Comienzo a desvertirme, movimientos lentos, enredo el gancho del sostén, odio cada instante, ¿cómo puedo?, recién, frente a la tumba, grité de dolor.

—¿Gozaste? —se atreve a preguntar—. Seguro, lo hago mejor en días sin entierro...